

# EL DEPORTE ESPECTÁCULO COMO INTERÉS DEL ESTADO

*Salvador Alonso, José Luis*

*Agulló Leal, Federico*

*Gonzalez Lecho, Jorge*

*INEF- Galicia. Universidad de A Coruña*

## RESUMEN

El trabajo realizado pretende poner en evidencia la utilización política social y económica que el poder hace del deporte en general y del deporte espectáculo en particular.

En las siguientes líneas analizamos escuetamente el papel de la prensa y apuntamos el de las instalaciones deportivas como lugares para canalizar los intereses de las masas.

## PALABRAS CLAVE

Deporte espectáculo, estadio.

## 1 INTRODUCCIÓN

Como cualquier otro fenómeno social, el deporte espectáculo es objeto de análisis y de lecturas políticas (CAZORLA, 1979). Sus apologetas parecen gozar, sin embargo, en la reincidencia de convertirlo en una especie de fenómeno por alfabetizar o “analfabeto”. Directivos, jugadores y cronistas gustan de esa naturaleza “iletrada”, sobre todo en el fútbol, sea por el camino más precario del las vías urinarias (el intelecto paralizante de la virilidad), sea por la de positivismos pseudocientíficos. Hay que hacer notar que lo que se denosta en una persona como Valdano; no es su dominio de la palabra, evidentes lecturas y el buen uso de los términos culturales; sino que siendo un hombre del deporte, del fútbol, no solo no ejerce de analfabeto si no que aún se atreva a elevarse a ilustrado.

Se trata de asegurarle al deporte espectáculo una extraterritorialidad ventajosa, un territorio-reserva, reino limpio y natural del “analfabeto”, del hombre sin viciar, en el que rigen leyes no sólo distintas, sino también más “naturales” y verdaderas que las complejas y “viciadas” de la sociedad. Los analistas críticos han respondido con la misma impermeabilidad y hasta animadversión hacia el deporte: opio del pueblo, energumenización de la masa, escapismo del régimen, nacionalismo, racismo, irracionalidad, violencia (BROHM, 1972). Para los breves instantes del alto el fuego, esta guerra dispone también de sus diversiones: lucubraciones supuestamente analíticas, psicologistas (al estilo del famoso miedo escénico), bien de corte hermenéutico como que el portero es una madre, una vagina, etc. (VERDÚ, 1980). Pero todo ese narcisismo hermenéutico, producto más de la verbalidad que del análisis, pasa por el fenómeno sin tocarlo ni mancharlo.

Resulta difícil verle el sentido a una caza que acosa al siervo para dejar escapar, libre y liberado, al amo. Paradójica es en toda esa caza la suposición de que el monstruo, el deporte espectacularizado, vive protegido en los estadios. El verdadero monstruo es otro. Y campa por otros pagos. No es que no tenga razón Ferlosio diciendo que el deporte es un fenómeno intrínsecamente fascista (FERLOSIO, 1997 y 2000, pp. 483 y s.). La tiene, pero más por

determinar el efecto que la causa. Primero, porque tiene intrínsecamente que serlo algo que viene de donde viene: sucesor y sustituto de la guerra (ELÍAS, DUNNING, 1992). Pero, sobre todo, que se alimenta de una matriz, raíz “totalitaria” que habita intrínsecamente siempre, más o menos explícita y activa, en el capitalismo liberal, según determinó Marcuse en un análisis antiguo y certero (cit. MEANA, 1990). El espectáculo deportivo es totalitario en la misma medida en que lo es eso que convencionalmente llamamos “razón”- y que propiamente no es más que su cadáver o su sombra, funcional o instrumental (MEANA, 1990). Puede que el deporte espectáculo sea un fenómeno fascista, pero no lo es, primariamente, como han apuntado algunos, por su contraposición a la “razón”, sino por ser expresión ejemplar de ella. El espectáculo no es más que la encarnación “física” de esa razón. El deporte es uno de los brazos, que esa “razón totalitaria” se ha dado a sí misma. La competición es la variante física del verdadero principio absoluto: la competencia. Para quien la forma primaria y prácticamente única de afirmación es la victoria y para quien el otro está ahí para ejercitar sobre él la propia superioridad. Por tanto, en el estadio no ocurre más que lo que ocurre a diario fuera de él: desde la bella literatura hasta el sucio comercio. Bouet, en su obra “Las significaciones del deporte” hace un bello, completo y protector recorrido por los valores y significados que han logrado hacer del deporte un fenómeno de arraigo planetario (BOUET, 1968). Sin llegar a su competente análisis permítannos presentar los factores que hemos ido encontrando.

## 2 LA PRENSA

La prensa se alaba siempre de tener como único principio deontológico el de servir al público, pero nunca ha sabido o querido distinguir entre lo que es estar al servicio del “interés público” y lo que es estar al servicio de “interés *del* público” (G. REIGOSA, 1997. CAZORLA, 1979, pp.70 y s.). El “interés *del* público” se mide siempre como un interés *por* algo, o sea como el deseo de enterarse, y tiene, por lo tanto, un carácter subjetivo. El “interés público” es, en cambio, de índole objetiva y, totalmente independiente del “interés *del* público” que llegue a concitar. De modo que el interés del público por algo puede no coincidir con el interés público que tenga.

Todos entendemos que deben de ser pocos los lectores que se interesen por las informaciones sobre la agricultura o los ferrocarriles, cosas de verdadero interés público, frente a los que, literalmente, devoran las más banales minucias sobre el fútbol o se muestran insaciables en su afán por enterarse de la última insignificancia sobre unos escasos personajes, ya sean “figuras” del espectáculo o simples “famosos”. Una élite sin poder, vedetes de la industria del espectáculo, que son arrojados a la prensa de las banalidades, para entretenimiento de las clases populares. Los amos de la economía, sus epígonos los señores de la guerra y los servidores de ambos: los políticos, nunca son molestados, salvo entrevistas cuidadosamente preparadas y programadas (FERRAROTTI, 1980).

Emulando la gran parada a todo color de fiestas, aventuras, embarazos, partos, cambios de parejas, etc., de las revistas del corazón, con sus enormes cifras de tirada, el universo del fútbol, entre otros deportes, ha venido ampliando últimamente su campo de noticias, extendiéndose a toda suerte de relaciones, amistades, enemistades, declaraciones, agravios o querellas entre los clubs, los directivos, los entrenadores, los jugadores y otros, relaciones que se han multiplicado y enrevesado hasta el extremo de parecer una parodia de la política, si es que no se ha trocado realmente en política, en la misma medida en que la propia política se empeña en acentuar el parecido.

El solapado equívoco que subyace en falta de distinción entre “interés público” e “interés del público” por parte de la prensa y otros medios de comunicación cotidianos (revistas del corazón y deportivas), de las que, por gigantescas que sean las cifras de tirada, dudamos que alguien piense que se ocupan de asuntos de “interés público”. La innegable evidencia de la muy

acentuada distribución en cuanto al interés preferencial por los avatares del llamado corazón por las mujeres o por los irs y venires del balón entre los hombres es, por sí misma, un argumento suficiente para excluir la posibilidad de considerar de “interés público” la información sobre el deporte, y aún el deporte mismo; el “interés público” debería afectar indistintamente a toda clase de personas.

### 3 EL OCIO COMO JUEGO O AL REVÉS

El interés por cualquier cosa que sirva para entretener, que tenga puro carácter lúdico, de diversión, de juego, no puede ser más que de interés privado. La condición del juego comporta la exigencia de ser fin en sí mismo, de consumirse en sí mismo, sin consecuencia exterior de clase alguna (HUIZINGA, CALLOIS, 1958). El juego, la diversión, el ocio, rechazan, por definición, cualquier carácter de “interés público”, ya que son tales por su absoluta indeterminación, o sea no pueden concretarse más que bajo la condición de la más plena libertad privada. Eso no es, por ejemplo, lo que pasa cuando el ocio es degradado a la triste condición funcional del “merecido descanso” del trabajo, y nótese de paso el carácter ideológico que hermana esta frase hecha con otras parecidas como “sana alegría” y “honesto esparcimiento”, o fomentado en el sentido de instrumento de consumo. La institución fascista dedicada a organizarles diversiones dominicales a los trabajadores o llevarlos de excursión se llamaba precisamente, en Italia, “Dopolavoro”, mientras que España, en posesión de un cierto humor negro, le llamó “Secretaría Gral. del Movimiento” y que ahora se expande en graciosas cosellerías de mujer, juventud y deportes. Tales intentos de capturar el ocio y reintegrarlo, en cierto modo, al seno del interés público viene a ser, en el terreno económico, el correlato de lo que en el Estado, supone proclamar de “interés público” el deporte.

### 4 EL DEPORTE COMO INTERÉS DE ESTADO

No cabe considerar como “consecuencias exteriores” -según se exigiría para hacer de interés público el deporte- las enormes satisfacciones o disgustos que el deporte puede dar a multitud de aficionados, ya que cada individuo ha elegido con libertad -o eso es al menos lo que se supone- el equipo en cuyas manos ha puesto el poder de darle placer o disgusto. La cuestión se suscita, sin embargo, en el momento en que se trata de un encuentro internacional: cuando asciende el deporte a la categoría de “interés público”. El Estado, en su moderna concepción nacionalista, está condenado a la deletérea servidumbre de necesitar el “prestigio”, elevando las victorias deportivas internacionales a señales de prestigio nacional tan valiosos como otros cualesquiera. Un interés privado, como es el del deporte, por multitudinario que sea el “interés del público” que llegue a concitar, jamás debería convertirse en interés público, pero sí, en cambio, se acaba haciendo “interés de Estado”. Y en este punto conviene recordar que, a raíz de la bienintencionada ocurrencia de Coubertin resucitando las Olimpiadas como instrumento de paz entre los pueblos; olvidándose que la historia jamás ha conocido ejemplo semejante de unas Ciudades-Estados que, teniéndose por hermanas en el grado más estrecho que cabe imaginar, se hayan odiado y peleado más frecuentemente que los Helenos.

La tradición griega y romana del patrocinio estatal de los juegos de masas, para controlar a sus plebes revoltosas y exigentes, se concretó en la construcción de instalaciones en las que canalizar las energías ciudadanas. Ofreciéndoles un filón de valor incalculable para el control, la domesticación y hasta la sumisión más entusiasta de sus poblaciones. Los primeros estados modernos que tuvieron la clarividencia de advertir hasta qué punto el deporte espectáculo y sus

concentraciones en grandes estadios, les ayudaba a masificar a las gentes, no fueron otros que los de la Italia fascista y la Alemania nazi, Está definió la escenografía del olimpismo, inventándose las antorchas, desfiles, banderas, podiums etc. No se trata, así pues, de que el deporte pasara de pronto a ser de “interés público” sino que, cosa bien distinta, siempre fue “interés de Estado”

Pero que el deporte agónico, en la repetitiva e ilimitada sucesión de sus propios e internos avatares (los resultados de los partidos o las superación por milésimas de segundo de cualquier marca), no pueda ser considerado de interés público, en modo alguno quiere decir que no lo sea la invasora y avasallante existencia del deporte como fenómeno social y especialmente la hipertrofia sin precedentes alcanzada por el fútbol, con su poder demenciador de las masas, y potenciado bajo el concepto de interés de Estado.

## 5 LA MANIPULACIÓN DEL INDIVIDUO

La pasión agonista ya tenía en la Era Moderna juegos de competición propios de cada pueblo, pero fue sólo a partir de la internacionalización incoada por los Juegos Olímpicos cuando los Estados empezaron a interesarse por sus campeones. No obstante, tras la experiencia de la Italia fascista y la Alemania nazi, que descubrieron y explotaron el deporte agónico como un formidable instrumento pedagógico para el encuadramiento de las masas en la “hybris” ultranacionalista, extraña que los Estados democráticos no hayan dado en mirar con suspicacia y reconsiderar con más circunspección el torvo potencial congénito del deporte agónico, sino que se han entregado sin reservas y hasta con entusiasmo a acrecentar su culto y su dedicación. En cierto modo, puede achacarse al hecho de que un Estado, por democrático que sea, no pierde las servidumbres del prestigio, y una vez inscrita entre los “prestigios obligados” la victoria deportiva, ningún Estado puede permitirse renunciar a ella, y tanto menos sí, como en la guerra fría, era “apuntarse un tanto” contra el “otro”.

Hay otro factor, profundo y relevante para que los Estados democráticos fomente el cultivo del deporte de masas: su valor pedagógico para la educación moral y para las exigencias de adaptación social al liberalismo y a la economía de mercado. Nuevamente nos vemos, aunque en otra variante, ante una cuestión de pedagogía social. Si el culto y ejercicio del puro antagonismo, vacío de todo sentido si no es la victoria como un fin en sí mismo, como es propio del deporte agónico, hacía de éste la educación idónea para el nazionalismo, en cuanto puro impulso de dominación, y para la concepción de la política, según Carl Schmitt, como asunto “de amigos o enemigos”, por otra parte la mentalidad del temperamento depredador (VEBLEN,) que el deporte enseña y alimenta ocupa un lugar central entre las capacidades que hacen triunfar al individuo en el mercado de libre competencia. Y hubo de ser precisamente el ABC el que, nos señalase esta segunda y admirable ejemplaridad educativa del deporte agónico (G. WALKER, 1996), en un artículo sobre Induráin del que entresacamos estas palabras: “Dicen que el magnífico corredor navarro nunca ha sido del agrado del felipismo,... por lo que podía representar del “mal ejemplo” para sus conciudadanos...” Se olvidaba el autor de estas líneas de que los regímenes de izquierdas han ciudado el deporte agónico de masas con no menos desvelo que los otros y de que Castro no tuvo la decencia de retirar a sus atletas de los Juegos Olímpicos de Méjico tras la matanza de estudiantes de izquierdas en la Plaza de las Tres Culturas, ¡tan valiosas consideraba para el prestigio del Estado, las posibles medallas que los campeones cubanos llegasen a ganar!. Comoquiera que sea, no deja de ser cierto que el liberalismo puede encarecer los altísimos valores del deporte agónico para las sociedades del mercado libre, ilustrándolos con toda su consabida retahila de virtudes: la voluntad de autoafirmación y autorrealización, el afán de superación, la aspiración a la excelencia, el ardor competitivo, el amor por el trabajo, el espíritu de sacrificio, la impavidez y resistencia ante el esfuerzo y el dolor... todas ellas, en fin, puras y simples perversiones funcionales comunes a las culturas helénica y cristiana.

En las páginas de Ortega nos enteramos de que el nombre de la ascética fue recogido por el Cristianismo de la palabra griega “askésis”, que designaba los duros ejercicios de entrenamiento a que se sometían los gimnastas griegos para convertir sus cuerpos en instrumentos de victoria (ORTEGA, ). Habría, pues, un parentesco entre los gimnastas de la Hélade y los “atletas de Cristo”, confirmado, incluso, por ciertas prácticas de los primeros ascetas, eremitas y estilistas, que se desafiaban en competiciones, por ejemplo a ver quién aguantaba más tiempo en ayunas en lo alto de una columna, sin más que el día y la noche por techo y amparo. Pero estas competiciones no son más que una anécdota; subsiste la importante diferencia de que, mientras para el gimnasta griego el cuerpo tiene que ser cuidado, fortalecido y entrenado como instrumento especializado en la función agónica, para el asceta cristiano es, en cambio, la “bestezuela” que tiene que ser mortificada para mayor libertad de la vida del espíritu, dedicada a Dios. Sin embargo, lo capital es lo que queda de común: los apetitos de la carne y las pasiones del alma, “desordenados”, tienen que ser doblegados y reprimidos por despreciables, hasta ser sometidos a la voluntad, ya sea al “lógos” de los helenos, ya sea a la santidad.

En un principio, no serían sino los fines de la dominación lo que estaba tras el dominio de sí mismo y el menosprecio de las debilidades de la carne. En la autocomplacencia del dominio de sí mismo y del castigo de la carne estaban prefigurados los furores de la dominación, así como hoy es esa mala pasión de victoria lo que alimenta el “espíritu de sacrificio” de los deportistas. La misma Iglesia se ha adherido, ahora, al “espíritu olímpico” porque en la tan encarecida y admirada nobleza del “espíritu de sacrificio” del deportista, siente la grata satisfacción moral de adivinar el viejo parentesco que lo une con la rencorosa complacencia del flagelante que descarga contra su propio cuerpo todo el odio que le ha sido inculcado hacia los limpios goces de la carne.

## 6 EL ESTADIO EDIFICIO DEL PODER

Quien entre en un estadio tiene que valorar un hecho, desatendido por lo general, pero decisivo: la perfecta geometría del terreno de juego. Que anuncia y demuestra donde nos encontramos: en un “campo de experimentación”. La finalidad inmediata de esa hermosa geometría del campo es asegurar la presencia del poder y sancionar el resultado. La razón última de ese laboratorio es la de todos estos: experimentar, probar, o poner a prueba, con el fin último de seleccionar. En este caso, personas, concretamente, la raza “social” de los hombres, de la masa. Contra lo que diga la tesis de la homogeneidad de los juegos (CAGIGAL, 1981), éstos cumplen funciones selectivas distintas: mientras el golf, la vela o el tenis son deportes claramente pensados - por la precisión, el tacto, la soledad que implican - para seleccionar líderes, para que una clase ejercite las virtudes propias de la dirección, el ciclismo y sobre todo el fútbol son deportes pensados para seleccionar masas, para que la masa interiorice y ejercite las virtudes propias del obrero: esfuerzo, resistencia, capacidad de sacrificio, conjunto, adaptación, obediencia.

Pero, tanto como laboratorio, el campo es también “escenario”. Que tiene, aunque geométrico y distinto, la misma función que cualquier otro escenario. En primera instancia, servir de receptáculo representativo. A nivel más profundo, sustituir a la realidad: de lo que se trata es de que al meter la realidad en el cajón, éste se convierta en realidad. “Búnkeres” de arena, ríos o lagos en el golf, lo mismo que los aderezos en el teatro, tienen por función reforzar la ilusión de esa “naturalización artificial”. Puro fetichismo: dominar el cajón es dominar la realidad. El campo geométrico de juego no es más que un “escenario nuevo” para una “nueva forma de teatro” sustitutiva de las anteriores: el deporte espectáculo. Este es la forma teatral propia y apropiada a la civilización industrial moderna. La que mejor representa su forma simplificadora, de la realidad (como pura geometría) y la que mejor presenta su forma simplificada, de representarse la inteligibilidad (como una mecánica). El deporte en general y el fútbol en particular, es el rostro teatral del famoso “nuevo método”: la “metodología empírica”. Lo que revela la geometría del

campo es precisamente esa fe empírica. El fútbol actual es la emanación propia de un momento histórico empirista, expresión de la confianza y de la adoración de esa metodología. De lo que el fútbol fue misionero: el método teatralmente adecuado para su interiorización y expansión universal. Es más que posible que, sin esa forma de revestimiento y sin las cualidades de esa forma de representación, el éxito del método no hubiera sido tan rápido, tan fácil, ni tan universal. La extensión del deporte demuestra tanto la universalidad alcanzada por el nuevo método como la adecuación de una nueva forma simplificadora de representación.

Pero ni los gigantismos son capaces de tapar ya la evidencia: su carácter de reliquia. De alguna manera, el deporte de los estadios de hierba ha dejado de ser un fenómeno de época: por apropiado que fuera como representación para la primera revolución industrial, ya no lo es para la época posindustrial. La prueba, la selección, tiene que hacerse hoy con una precisión mucho más grande y en un campo de experimentación mucho más pequeño (como nos intentó probar el baloncesto, en canchas-fábricas de la segunda oleada industrial). Por decirlo así, tras un largo período de alfabetización primaria, hemos entrado en un período de “miniaturización”. Pruebas y laboratorio acontecen ahora en la miniatura de las pantallas. Y de forma menos masiva y sangrienta, y más precisa y rápida. La miniaturización supone tanto la desintegración de la masa como de su violencia. La respuesta “moderna” a la violencia del deporte no está en la contraviolencia estatal y policíaca. Esa respuesta es tan anacrónica como el fútbol. La respuesta “moderna” es la imposición de juegos en miniatura, el deporte ya no lo vemos en el estadio, ni en la cancha sino en la televisión (SALVADOR, 1997, 137).

La violencia es, desde luego, explicable de muchas formas: implosiones, o - según Elías - disminución de la violencia en proporción al aumento del monopolio de poder del Estado-Nación, entre otras (ELÍAS, DUNNING, 1982). No conviene olvidar aspectos. Como que la monstruosidad sólo está, por delegación, en el estadio. Que el estadio sólo es síntoma de las disfuncionalidades de ese monstruo que no está en el estadio. La competitividad, si quiere ser motor social, tiene que generar violencia. O la de que al imponerse, históricamente, lo que - en distinción ya famosa - llamamos “sociedad” hubiera que prescindir de los bienes de la “comunidad”. Una de las razones principales del atractivo social del fútbol y de su especial resistencia a la desaparición es que supone uno de los pocos espacios restantes donde los individuos pueden encontrar satisfacción a sus necesidades de “calor” social, de acogida, de pertenencia, que da toda “comunidad” y que no da, ni puede dar, la fría y distanciada “sociedad, más juez que madre”, y que crea, por eso: rechazo y desafección. En la violencia del fútbol se manifiestan esas necesidades y la frustración por su incumplimiento. Por lo demás, no es extraño que todas esas frustraciones y disfunciones vayan a parar al estadio. En la lógica del sistema, el estadio está destinado a convertirse en “inodoro” social; en el sitio en el que airear, deponer y ventilar todo lo que ese liberalismo-mercantilista no se atreve a ventilar en otra parte.

## 7 BIBLIOGRAFÍA

- **Brohm, Jean Marie.** “Sport, culture et repression”. E. Maspero. París, 1972.
- **Cagigal, J.M.** “¡Oh, deporte!, (Anatomía de un gigante)”. Editorial Miñón. Madrid, 1981.
- **Callois, R.** “Teoría de los juegos”. Seix Barral. Barcelona, 1958.
- **Cazorla, L.** “Deporte y estado”. E. Labor. Barcelona, 1979.
- **Elías y Dunning.** “Deporte y ocio en el proceso de la civilización”. FCE. Madrid, 1992.
- **Ferrarotti, F.** “*Les biographies comme instrument analytique et interprétatif*” *Cahiers internationaux de Sociologie*, vol, LXIX. Presses Universitaires de France, París, 1980.

- 
- **García Reigosa, C.** “El periodista en su circunstancia”. Alianza E. Madrid, 1997.
  - **Garrigues W.** “Indurainizar España”. ABC, pp. 38, 21/7/96.
  - **Huizinga.** “Homo ludens”. Alianza E.. Madrid, 1972.
  - **Meana, Luis.** “Fútbol, el monstruo en el estadio”. *El País*. 8-VII-90, pp.12.
  - **S. Ferlosio, R.** “El deporte y el Estado”. *El País*, 31-V-1997, pp. 13 y 14.
  - **S. Ferlosio, R.** “El alma y la vergüenza”. E. Destino. Barcelona, 2000.
  - **Salvador, J. L.** “Evocaciones cotidianas sobre el deporte”. INEF Galicia, La Coruña, 1997.
  - **Veblen, Thorstein.** “Teoría de la clase ociosa”. Ediciones Orbis. Barcelona, 1987.
  - **Verdú, Vicente.** “El fútbol. Mitos, ritos y símbolos”. Alianza, Editorial. Madrid, 1980.